Sillas vacías

El tutor del tercero “C” no volvió. Una llamada interrumpió el juego con mis hijos. De noche trabajaba y en el día me hacía cago de mis hijos para que mi esposa fuera a su oficina a laborar.

De pequeño quise ser maestro. Uno de niño quiere ser muchas cosas. Pero yo, solo quería ser maestro. Estudié para dedicarme a la docencia. Mis años universitarios no eran más un juego de niños. Asistía a diferentes colegios. Observaba, y a la vez participaba en el proceso enseñanza- aprendizaje.

En menos de un mes me acostumbre al grupo y viceversa. Cuarenta y tres alumnos, veinte hombres, veintitrés mujeres. Impartí español y fui conociendo a cada uno de manera personal. Rompiendo esas barreras tan imaginarias, tan ridículas. Era su último año de secundaria. Nervios recorrían sus cuerpos. Querían comerse al mundo.

Hablaban sobre sus sueños. Ser cantantes la mayoría. Famosos y no trabajar. También tuve quince años. Hablaban sobre a cuál preparatoria irían. Hablaban sobre detener el tiempo y quedarse siempre juntos. Hablaban de todo y nada.

Inició en abril. Un suceso común que pasaba en mi época de estudiante, en la época de estudiante de mi padre, y bueno, quizá desde el inicio de la educación. Rita dejó de asistir la primera semana de abril. Un día se convirtió en dos, dos en tres y esos tres en semanas. Laura y Virginia igual desertaron.

Al tercer día llamé a su casa. Su madre contestó.

- Mi hija no volverá al colegio. Trabaja y no puedo seguir pagando su educación.
- Pero…

Cortó la llamada. Nunca pude comunicarme directamente con Rita.

Ahora mis alumnos hablaban sobre Rita. Hablaban de Laura y Virginia.

- Su padre está enfermo. Necesitan dinero para las medicinas.
- Pero Rita es brillante, y es nuestra amiga. La extraño.
- Trabaja en una tintorería por mi casa. Hay que ir a verla.

- Pues vamos.

Cuando tres de mis estudiantes se ausentaron temí lo peor. Hablé con el grupo para obtener información. Habían llegado ya muy lejos para tirar la toalla. En tres meses se graduarían. Quería escuchar de ellas por qué habían optado por no volver.

Siempre me gustó ir a la escuela. En la primaria incluso asistía a las regularizaciones. Estar en un lugar que no fuera mi casa me distraía. Conocía amigos y aprendía cosas, cosas para la vida.

Mi padre y mi madre se conocieron en la secundaria. Tuvieron dos hijos. Mi hermano mayor ahora tiene veinte. No acabó la preparatoria.

- Yo ya no quiero estudiar. Es aburrido. Quiero dinero. Voy a chambear.

Yo también quiero dinero. Comprarme cosas. Ir a muchos lugares. Pero aún soy una niña y quiero graduarme. Lucir un hermoso vestido y tener un papel que simbolice mi esfuerzo. Yo sí que quería eso. Un día mi padre cayó en cama. Al principio no afectó.

Vimos a Rita en una tintorería. Ella volteó la mirada. Se hizo la que no veía.

- Rita. Amiga. Ya te vimos. Sal. ¿Cómo estás? Te hemos extrañado.
- Hola chicas. Yo no voy a la escuela. Necesito dinero.
- ¿Dinero? ¿Para qué?
- Mi padre está enfermo.

Y por amor a nuestra amiga decidimos buscar un empleo. Nuestros padres aún no saben que no vamos al colegio. Tenemos catorce días de faltar. Con el dinero pretendemos ayudar a nuestra amiga y comprarnos cosas lindas. En las noches llamo a mis compañeros. Pregunto por las tareas y por mis amigos.

Julio. No pude hacer volver a mis tres estudiantes. Al final cuarenta y dos estudiantes recibieron sus papeles. Rita no volvió. Utilicé el plan B.

Mis amigas lindas me apoyaron una temporada con mi situación familiar. Se los agradezco mucho. El día de la graduación me topé de frente con mi profesor. Me sonrío y platico un rato conmigo. Sus palabras se grabaron en mi mente. Ahora mis amigas cursan primer año de preparatoria. Yo sigo trabajando en la

tintorería, pero también sigo estudiando. Por las noches curso mi último año de secundaria en línea. El año que entra ingresaré a la preparatoria. Tal vez no de forma presencial, pero ahí estaré. Seguiré aprendiendo cosas, seguiré siendo una alumna.